

Tercer Domingo de Pascua B2021

Las lecturas de este tercer domingo de Pascua dan cuenta de la resurrección de Jesús y de la misión de los discípulos. Muestran lo que los apóstoles habían hecho después de la resurrección para llevar a sus compatriotas judíos a la conversión del corazón. También muestran cómo las apariciones de Jesús han contribuido al fortalecimiento de la primera comunidad y al esclarecimiento del significado de la resurrección.

La primera lectura de los Hechos de los Apóstoles describe el discurso de Pedro ante el pueblo judío. Muestra cómo trató de convencerlos de que la resurrección de Jesús fue obra del Dios de sus antepasados en quienes creían. También muestra cómo trató de convencerlos de que, aunque cometieron errores y actuaron por ignorancia, ha llegado el momento de que se conviertan y se arrepientan para recibir el perdón de sus pecados.

Lo que este texto nos enseña es que la pasión y la muerte de Jesús fueron según el plan de Dios. Otra idea es la verdad de que no hay discontinuidad entre el Dios de Jesús y el Dios de los antepasados de los judíos. La última idea está relacionada con la certeza de que los que han dado muerte a Jesús tienen alguna responsabilidad de la que tienen que arrepentirse.

Todo esto nos ayuda a comprender el sentido del Evangelio de hoy que nos relata las apariciones de Jesús. De hecho, el Evangelio relata dos casos de las apariciones de Jesús: en el camino a Emaús, donde fue reconocido al partir el pan, y en la casa donde los discípulos estaban reunidos.

Luego, el Evangelio muestra cómo, mientras los discípulos estaban preocupados al pensar que veían un fantasma, Jesús los tranquilizó mostrándoles sus cicatrices y comiendo en su presencia. Después de esto, el Evangelio relata la explicación de Jesús a sus discípulos alegando que su muerte era parte del plan de Dios como cumplimiento de la Ley de Moisés, los profetas y los salmos. El Evangelio termina con Jesús comisionando a sus discípulos para que sean sus testigos y prediquen en su nombre a todas las naciones el arrepentimiento para el perdón de los pecados.

¿Qué aprendemos de este evangelio? Hoy quiero hablar de la realidad de la resurrección y sus consecuencias para nosotros. De hecho, es muy curioso encontrar en el Evangelio de hoy palabras muy precisas que salen de la boca de Jesús, pero que dan a la resurrección su verdadero significado: “¿Por qué se espantan”? “¿Por qué surgen dudas en su interior”? “Miren mis manos y mis pies”. “Soy yo en persona”. “Tóquenme y convéncense: un fantasma no tiene ni carne ni huesos, como ven que tengo yo”... “¿Tienen algo de comer aquí?”

Tal insistencia muestra que el Cristo resucitado no fue un fantasma ni una alucinación. Era tan real como los discípulos lo conocían antes. Era la misma persona con la que los discípulos tenían comunidad de vida antes de morir. Esto confirma las palabras de los hebreos 13: 8 cuando dicen: “Cristo Jesús permanece hoy como ayer y por la eternidad”. Si es así que estamos tratando con la misma persona, ¿cuál es la diferencia, entonces, entre antes y después de la resurrección?

La diferencia se encuentra en el hecho de que Cristo resucitado no está sometido a la limitación de tiempo y espacio que define las actividades humanas. Por eso puede aparecer incluso con las puertas cerradas. Además, la referencia a la concreción de actos como tocar, ver, comer, mostrar los pies y las manos, indican que se trata no solo de alguien que es real,

sino también de alguien con quien los apóstoles tenían una historia común que podían recordar incluso después de su muerte.

Una de las consecuencias de tal visión es que los lazos de amistad que construimos cuando todavía estamos en la tierra nos sobrevivirán incluso en la muerte. Por eso la resurrección no borra quiénes somos o lo que hemos sido; no destruye nuestra personalidad. Lo que hace es simplemente transfigurarnos para que seamos conformados a la imagen de Cristo resucitado.

Este punto abre la posibilidad de recompensa en caso de que nuestra vida se amolde a la de Cristo. También abre la posibilidad del castigo en caso de que nuestra vida no se hubiera conformado a la de Cristo. Este punto trae igualmente la posibilidad de ser reconocibles incluso después de nuestra muerte.

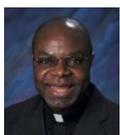
Sin embargo, aunque Jesús es el mismo, su cuerpo resucitado tiene algunas cualidades que están mucho más allá de las que poseemos aquí en la tierra. En otras palabras, aunque su cuerpo está hecho de carne y hueso, puede hacer cosas que ningún cuerpo terrenal normal puede hacer. Lo más obvio es aparecer mientras las puertas están cerradas.

Esto nos da una idea de cómo será nuestro propio cuerpo cuando finalmente lleguemos al cielo. No hay duda de que, como profesamos en el credo, Dios nos promete una resurrección corporal. Pero, en el cielo, ese cuerpo será similar al cuerpo resucitado de Jesús. Ese nuevo cuerpo no será susceptible al sufrimiento, enfermedad, dolencia o pecado. Dicho esto, me pregunto si realmente necesitamos la cremación o la destrucción física del cuerpo cuando morimos. ¿No es la resurrección sobre el cuerpo?

Además, aquí en la tierra, es difícil separar nuestro cuerpo físico de nuestra naturaleza espiritual. Es por eso que tener una amputación o una cara desfigurada es tan difícil para las personas. Perder nuestros brazos o piernas significa que ya no sentimos que somos auténticamente nosotros mismos. Pero, todo esto no contará en la otra vida, porque el cuerpo corruptible que tenemos ahora será completamente transformado. Se convertirá en un cuerpo adaptado y apropiado a las condiciones de la vida eterna.

¡Oro para que seamos conscientes de la presencia transformadora de Jesús entre nosotros! Oro para que lleguemos a comprender que cada vez que nos reunimos en el nombre de Jesús, él está presente entre nosotros. Cada vez que escuchamos su palabra, nos habla. Cada vez que creamos un poco de espacio en nuestro corazón y en nuestra vida para él, comenzamos a comprender mejor lo que no hemos entendido durante muchos años. Nuestros ojos se abren, nuestro conocimiento y comprensión de las Escrituras se agudiza y nuestras vidas comienzan a tomar un punto de inflexión hacia Dios. ¡Que Jesús abra los ojos de nuestro corazón para que también nosotros lo reconozcamos en el compartir de su palabra y en el pan eucarístico! ¡Que Dios los bendiga a todos!

Hechos 3: 13-15, 17-19; 1 Juan 2: 1-5a; Lucas 24: 35-48



Fecha de la Homilía: el 18 de Abril, 2021
© 2021 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 202104018homilia.pdf